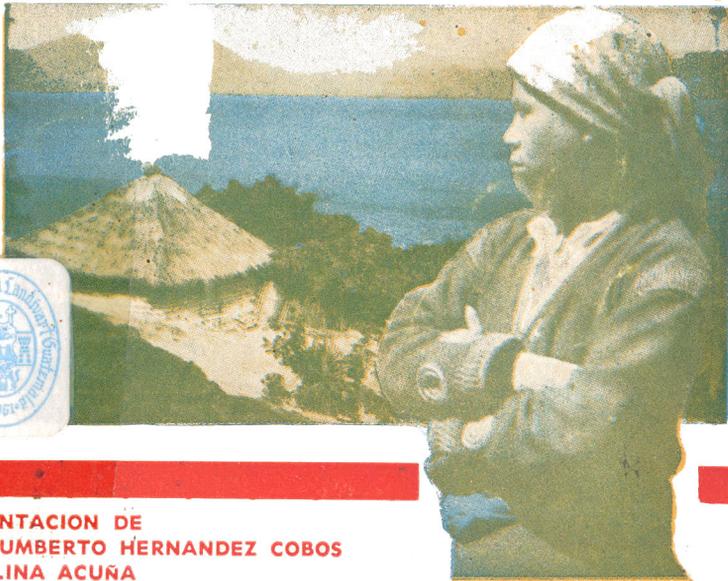


J. LUIS GARCIA A.

CORAZON DE INDIO



861.7281
G216

PRESENTACION DE
LIC. HUMBERTO HERNANDEZ COBOS
ANGELINA ACUÑA

EDITORIAL "CENTROAMERICANA"

J. Luis García A.

C O R A Z O N
D E I N D I O

MOTIVOS
INDIGENAS
GUATEMALTECOS.

EDICIONES DE EDITORIAL CENTROAMERICANA.
GUATEMALA, C. A.
1959.

*G*UATEMALA, ¡Tierra mía!
*La tierra de mis amores,
Tierra gloriosa y altiva,
bella tierra del Quetzal;
deja que yo cante un día
al perfume de tus flores,
a tus mágicas leyendas,
y a tu belleza inmortal!*

LO QUE,

DEL AUTOR,

PIENSA

EL LICENCIADO

HUMBERTO HERNANDEZ COBOS.

CORAZON DE INDIO

Hace veinte años conocí a don José Luis García. Llegaba a la Radiodifusora Nacional TGW, donde yo desempeñaba funciones plurales de secretario y comentarista, ahogándome entre papeles y marejadas sinfónicas de música profunda. Don José Luis me hablaba con pasión —mantenida toda su vida— de pueblecitos extraños enclavados en las estribaciones de los Cuchumatanes, algunos tan altos que padecían mal de montaña. Y de otros que habían rodado a la costa a oír la ronca voz del mar, metiendo pies de polines en esteros, verdes de enfermedad. Contábame —y yo le escuchaba fascinado— singulares costumbres y tradiciones, consejas y leyendas de esas poblaciones habitadas por hombres que tenían un sentido viviente de la poesía. Nombres reales, proscenios verdaderos de sucedidos maravillosos y de hombres fronterizos entre la realidad y el sueño.

Por aquel entonces, don José Luis les ponía letra a las canciones de algunos amigos, y se interesaba sobremanera en el folklore musical indígena. Y esto dábale a sus referencias un sabor de frutas genuinas y sus palabras se me antojaban vestidas de color popular. En lo que más ponía alma, era en todo lo que registraba movimientos del corazón indígena. Le supe, desde entonces, amador como el que más de las cosas esenciales nuestras.

En veinte años, pasan muchas, pero muchísimas aventuras a los hombres. De lo que fuimos, apenas va quedando poco, que pugna, zozobranante, en nuestro ser, para no hundirse totalmente. El tiempo nos desnuda el alma, como a los árboles en un otoño persistente. Pero bien mirado, lo que queda es lo más ligado a la fuerza vital nuestra, a la corriente de la savia que asciende desde las raíces de la existencia. Entre ésto, no cabe dudar que el culto a la tierra, la gratitud a lo que nos mantiene estables, vivos y sustantivos, son los sentimientos fieles que bajarán con nosotros al sepulcro. Estar como sembrado en el terruño, es en lo literario mantener fervorosa lealtad a los valores nacionales —sangre, alma, hueso, recuerdo. . .— que son a la vez, sustentación fundamental de la comunidad. La tradición y la leyenda son sangre del espíritu, que irrigándonos en lo más hondo y lejano del alma, nos afirman un común rememorar, una visión de algo patrimonial y proindiviso para todos los ojos guatemaltecos. Esto no es más que bajar por millones de escaleras distintas —cada cual tiene la suya, hasta la escalera grande para subir al cielo— al Origen, a la primera edad de la semilla que bajo la lluvia y el sol de la vida inició su tierno y tempestuoso germinal. De ahí venimos, ahí nos empezamos a contar los millones de descendientes de la semilla inaugural. En todo ésto, junto a la leyenda —que es poesía leyendo historia; hasta la historia —que a veces por maravillosa es realidad haciendo poemas— entran las invenciones subsiguientes de la grey que va enriqueciendo ese perpetuo recordar, ese vital y necesario rememorar, porque si para vencer la naturaleza el hombre tiene que salirse de sí mismo, para cobrar conciencia de su existencia tiene que ensimismarse. La muerte no es la parálisis de las funciones vitales. Lo es, en primer término, la amnesia. Quien se olvida a sí mismo, se

mata. Así como es una forma de matar olvidar la amistad o el amor.

Mantenedores de Patria llamaría yo a los historiadores y a los poetas que saben recordar. Y ello, porque aunque parezca lo contrario, vivimos más de recuerdos, que de esperanzas. El recuerdo es una constancia en efectivo de vida trabajada, en tanto que la esperanza no pasa de ser, infortunadamente, un giro ilusionado, muchas veces en blanco. Por otra parte, el orgullo de haber sido —y haber sido de cierta manera— está mejor fundado que la alegría promisoría de ser en lo futuro algo mejor. Historia que narra objetivamente y poeta que puede llenar nuestro presente con la propia emoción que tuvieron los pasados días de la raza —dando vivencia y supervivencia al antiguo sentimiento guatemalteco—, realizan eso maravilloso de hacer la Patria intemporal, toda vez que nos podemos sentir contemporáneos de los muertos, y éstos ambular —resucitados por la magia evocativa— por las calles del ahora —o siempre— que vivimos nosotros.

Ver el pasado en su rica docencia y en su efervescente cremación espiritual, no es estéril, ni nos coloca en estatua de Lot, castigados por poner los ojos en lo que fue y que —según errónea apreciación—, no volverá. Quien ve el pasado de su pueblo, del cual es él una vibración de su instante presente, hace un inventario de sabidurías, de heroísmos; de obras que inspiró la emoción, de proezas que produjo el valor, de esplendores que edificó el esfuerzo. Ver afanados a nuestros antepasados en la preparación del futuro, es algo hermoso que nos mueve a amarlos sólidamente, agradecidos. Ver lo que fue su esperanza y su soñar, y escuchar bajo infolios y leyendas escritas en el viento latir su corazón, es regresar amorosamente junto a ellos, y participar de ese sentimiento humedecido por la poesía

con que ellos vivieron la vida. Así es como regresamos los de ahora junto a los hombres de ayer; así es como el ayer abandona su tumba y se echa a andar como Lázaro, hasta llegar a las orillas de nuestro día, hecho como los días de ellos, de esperanza y de poesía.

Paladeaba yo los relatos, hace veinte años, de un guatemalteco que olía con fruición la rosa trigueña de la tierra. La tierra que aroma, embriaga y lleva a los delirios al héroe, a los éxtasis al santo y a los bellos sueños al artista.

Y pasando los años, estuve lejos de la Patria. Nadie que no haya estado ausente, puede entender cómo se valora esa rosa trigueña, rosa de sangre y tierra que es la Patria. Sólo los que hemos sido agonizantes, sabremos cuánto consuela sentir, así sea un leve instante, la respiración de esa rosa de los tiempos y los vientos, esa brújula de todos los caminos guatemaltecos; porque no hay agonía que no cese al sólo besar la tierra.

Cuando volví, me dispuse a extremar amorosamente mi cariño a las cosas llenas de huellas digitales de dioses indios. A las humildes cosas, incluso, en que se posó ligeramente la mano llena de extrañas quiromancias del hombre indígena. Debo, antes que se haga tarde, amar el amor y soñar el sueño de esta tierra deslumbrante. Por eso, queda advertido, siento respeto por todos los que se preocupan por esas cosas que fueron mi salvación, cuando en la ausencia les recordaba; y sobre todo, al indio que veía subir y bajar por la tierra y moverse en las nubes en el carroussel del palo volador.

CORAZON DE INDIO es un nuevo libro de aquel

hombre que me hablaba de las consejas y leyendas populares hace veinte años. Siguió devoto de lo que lleva sabio sabor popular y resabio de savia indígena que anima al maíz. Emplea prosa y verso para expresar lo mismo. En el prosar, está el idioma de todos; en su versar, el del poeta. La leyenda es ya de por sí poesía en prosa, y fácil pasa del clima de popular prosodia al lírico en estos trabajos de don José Luis García, basados unos en lo consignado en textos y otros en la propia imaginación del autor. Algunas composiciones son fragmentos de trabajos ya realizados y publicados, como los desglosados de El Guerrero y la Princesa Aczupil, del Primer Sermón y el Primer Bautizo y Cuando Nacieron la Chirimía y el Tun, que forman parte del libro "Leyendas Indígenas de Guatemala". Otros traen el sabor y el atractivo de lo inédito.

¿Qué nos cuenta don José Luis? Lo que tan grato le es: lo que hizo aflorar la vida en los corazones indígenas, sus amores, sus rebeliones y sobre todo, esa tristeza inmensa que surge de una gran frustración histórica y que sigue quejándose con largas culebras de chirimías negras por el viento. Diré que me encanta la leyenda de las mujeres que se suicidan, ahogándose en el lago antes que sufrir el oprobio de la mancilla por los conquistadores. Y ese aludir al nacimiento del tun y la chirimía, del tun donde los soldados indígenas sabían hacer el ruido de la tormenta —como en el verso de Artel—, y esa chirimía donde aullan coyotes por su montaña robada. ¿Pero, a qué adelantar lo que es del gusto mío? El libro es suyo, lector, y también su juicio. Pero sí le anticipo que sentirá esa emoción confortante —de valor cívico podríamos decir— que se experimenta cuando escuchamos a alguien hablarnos con ternura del paisaje, de nuestros héroes, de lo que es y sigue

siendo en lo esencial la Patria que da alero a todos los que la buscan.

Yo, por mi parte, suscribo en todas y cada una de sus partes ese amor, esa devoción por la patria y sus indios fundamentales que la llevan en andas, en un desfile de cofradías que viene de los siglos, al son del tun y de la chirimía que es, cuando está en boca del indio, como un pom ritual que asciende hecha música hacia el cielo.

Humberto Hernández Cobos.

LO QUE,

ESTA OBRA,

LE SUGIERE

A LA POETISA

ANGELINA ACUÑA

El ritmo de la vida actual, violento y atormentado de velocidad, de relojes implacables que siguen la carrera desorbitada del tiempo, parece arrastrarnos, con los ojos del cuerpo y los del alma fijos en la ruta tirada a cordel, hacia el horizonte de cada día. Añoramos el minuto pausado que nos permita desviar la mirada y detenerla sobre las amables perspectivas donde el ensueño despliega sus maravillas, donde la vida remansa sus torbellinos estridentes, y el espíritu se enajena en un paréntesis de serena contemplación.

Pocos son los privilegiados que arrebatados en otros vuelos, se adentran en el alma de la naturaleza circundante para escuchar las voces íntimas que invitan a los viajes oníricos. José Luis García es uno de ellos; asiduo visitante del mundo etéreo de la poesía, gusta interrogarla en el ámbito de las ingenuas claridades vernáculas, donde el hombre y el paisaje se identifican para realizar el milagro de la belleza y del amor; donde el lenguaje de la tierra tiene palabras alucinantes y los espejos del agua copian cosas eternas y detienen imágenes imborrables de un tiempo que fue...

A pesar de que todo parece creado en nuestra patria para despertar e iluminar la inspiración de los poetas, son pocos aquellos que se han detenido a quemar el pom sagrado ante el altar de la poesía folklórica. Por eso nos complace nuestro encuentro con el autor de este poemario, José Luis García, un poeta de Gua-

temala que ama a su tierra con verdadero culto enamorado y le canta en versos plasmados de sinceridad que brotan de su corazón al contacto mágico de un amor entrañable con la misma naturalidad con que despuntan, al beso de las primeras lluvias, el sonrosado asombro de las “flores de mayo”; con la misma sencillez del viento nemoroso que canta sin proponérselo, su arrullo inaprendido.

Y por ese venturoso anhelo de sondear un pretérito poblado de extrañas evocaciones, este manojo de poemas agrestes responde con todo el palpitar de su íntima unidad, a la devota expresión a que alude su nombre: “Corazón de Indio”. Corazón que impele el ritmo del fervor ancestral jamás interrumpido en el constante devenir de la sangre aborigen; corazón arrodillado ante el culto de las tradiciones y de los mitos autóctonos; que ofrece, como el trópico en el “Altar de las Cofradías” su copia de frutos que rezuman fragancias y colores para ofrendar su esencia más delicada y pura. Corazón de indio, sencillo y melodioso, que se extasía ante el alma trémula y varía de su ambiente nativo y profundiza en ese mismo sueño por los caminos introspectivos que lo reintegran al pasado glorioso de la raza.

La música de estos versos sólo cabe en el ingenuo lirismo de resonancias primitivas de la marimba, del tun y de la chirimía, vegetales y simples; porque el resto del matiz armonioso reside en las voces de la naturaleza que acompasa los cantos eglógicos y en la sensibilidad del alma indígena, inspirada y solemne en su sagrado panteísmo.

La musa del poeta, la que le inspira el embrujo del idilio y enciende el plenilunio sobre los lagos; la que

guía su barca sobre transparentes caminos de espuma y de leyenda; la que asciende desde los sagrados incensarios de la inspiración, entre espirales de música, al paraíso del arrobamiento, es la virgen indígena de estirpe real, ennoblecida con los atributos de la raza: princesa criolla, hecha de orquídea y de “quixtán”; ánfora espléndida de arcilla y de maíz, animada por el antiguo soplo inmortal de los dioses del Popol-Vuh. Es la musa que se enoja con “chay de luceros” y tiñe su refajo con los zafiros de Atitlán; la que borda su güipil con los matices de la campiña florecida y teje su brillante “tocoyal” con arreboles crepusculares, soñando en éxtasis ante

“las galas del cielo, del lago y del sol;
y eran leves colas de altivos Quetzales
las cejas triunfales
que ornaban sus ojos color de frijol!”

No cabe en la factura de estas melodías silvestres la complicada urdimbre retórica, ni tampoco el acento discordante de las imágenes “pensadas”; ya lo expresamos, a nuestro juicio, es un cordaje cálido y sensible en un tono menor de la ternura que sólo canta amor. Amor a la tierra poblada de magnificencias, al cielo que la cobija y a los astros —“Tata Sol”, “Madre-luna” y el “Nixtamalero”— que la inundan de luz; al señero volcán que la custodia y al lago-espejo que multiplica su esplendor; amor al patrimonio arcaico de los abuelos, al espíritu legendario de los dioses; amor a la raza de misteriosa alcornia... ¡amor a Guatemala!

* * *

Precedidos cada uno de estos poemas de un expresivo preámbulo en que el autor expone los móviles del

tema, nada nos queda qué añadir acerca del análisis de esta clara poesía, ya que cada poema lleva su correspondiente prólogo escrito por el mismo autor; nos parece original esta manera de conducir al lector para situarlo ante la escena en que se proyecta el contenido esencial del poema, a través de una prosa de encendido entusiasmo hacia todo lo que lleva el sello genuino de lo autóctono, el embrujo de la tierra impregnada de profunda poesía, el encanto de la mujer indígena que asume la dignidad de la realeza desde el pedestal que le confiere la devoción maravillosa del poeta en que palpita un corazón de indio.

Vaya para el apasionado estro que con tanta vehemencia alza su canto para loar el suelo patrio encendiendo el ritmo de su inspiración con un vibrante regocijo de bengalas folklóricas, nuestro aplauso de guatemaltecas identificadas con su fervor patriótico. Y que la musa indiana que ilumina sus aventuras líricas, siga dictándole en la pauta sensible de los misterios y bellezas regionales, nuevas y diáfanas estrofas que exalten el esplendor, la vigorosa realidad poética, la fuerza emotiva, el profundo misticismo de nuestro mundo aborígen.

Primavera de 1959.

Angelina Acuña.

“Corazón de Indio”

DEJAME MIRARTE

*Déjame extasiarme en tu frente serena,
Princesa morena,
dulce soberana de los lares míos.
Quiero ver tu frente con los atavíos
que exaltan tu estirpe radiante y triunfal;
tu frente adornada,
¡tu preciosa frente que está coronada
con el tocoyal!*

*Déjame extasiarme en tu dulce mirada,
que está iluminada
con soles de siglos y lunas añejas,
que un día prendieron la noche en tus cejas
y a tus ojos dieron divino arrebol;
los que en tus pestañas
copiaron las lianas de nuestras montañas
nutridas de sol.*

*Déjame que sueñe con ansia inefable
tu cara adorable,
y busque en tu boca teñida de grana
un beso que hiera como la obsidiana,
aunque quede herido de embrujo mortal;
quiero así adorarte,
bajo plenilunios rendido ofrendarte
mi canto racial.*

*Porque si me dejas, quiero hacerte un canto
en que te dé tanto,
que tendrás el trino del ave canora,
el cristal del río, la luz de la aurora,
y el sol que ilumina tu risa gentil.*

*Pediré a los mares
el coral y el nácar para tus collares,
y el azul del agua para tu güipil.*

*Déjame mirarte divina y radiante,
y en supremo instante
hacer tus aritos con chay de lucero,
que un flechazo arranque del Nixtamalero
cuando esté alumbrando la noche estival.
Yo quiero que imperes
como dulce reina de nuestras mujeres,
así coronada,
sonriente y altiva, de gracias nimbada
con tu tocoyal! . . .*

NOCHES DE LUNA

CUANDO el corazón del indio soñador de amores siente la caricia de los plenilunios, la diosa eterna de la noche y del ensueño pone en él los efluvios de la inspiración, para que piense en sus princesas y arrobado en éxtasis supremos evoque los tiempos de la gentilidad de su raza.

Y entonces su mirada llena de tristeza busca en la imagen del lago la visión de un idilio que reme, surcando las ondinadas rutas del cristal, para verse en él, como invocación del idilio que ansía su soledad. Es el instante en que se presiente que en sus labios aletean las estrofas de esta canción:

*Mi rancho de paja se baña de luna,
y contento estoy
si remando voy
sobre la laguna.*

*Que tras los volcanes la diosa de plata,
oye el entonar
y el dulce cantar
de mi serenata.*

*Ven Princesa indiana, ya salió la luna,
y a su resplandor
te hablará mi amor
allá en la laguna.*

*No seas esquivia, ven Princesa indiana,
que yo remaré
y tuyo seré
hasta la mañana.*

*Bajo el barquichuelo donde bogaremos,
vivirán las olas ritmo de mis remos.*

*Ven, morena indiana, que será fortuna
cubrirte de besos en plena laguna.*

*Mi rancho de paja también quiere una
reina que le alegre sus noches de luna.*

*Y entre cielo y nubes, la diosa de plata,
oírá sonriente nuestra serenata! . . .*

PRINCESITA DE AMOR

NO HAY leyenda más bella, gloriosa e inmortal que la que, para asombro y deleite de quienes admiran la grandeza del alma, legaron las lindas princesas de la soñadora corte zutuhil de Atziquinajay. Nacidas en la azulina mansión que como visión de ensueño surgió rodeada de los cristales del lago de Atitlán, aquellas cautivadoras sirenas, en el instante supremo de la tragedia de la raza, cuando todo se había perdido y el conquistador ambicioso proyectó sus brazos para aprisionarlas contra su pecho y saciarse en las mieles de su pureza; ellas, las que habían nacido y crecido enamoradas del paisaje, del cielo, del volcán y del lago, antes que verse ahogadas en las turbias aguas de la esclavitud y la humillación, en gesto altivo de su amor a la libertad y a la dignidad de los suyos, tendieron los brazos y se precipitaron entregando su cuerpo y su amor a las aguas eternamente claras y acariciadoras de su lago amado. Y dicen las leyendas que en las noches de plenilunio los que van a la ribera de Tzanjuyú, en Panajachel, han visto que ellas salen inquietas y sonrientes, del seno de su albergue secular en el corazón del lago, a jugar con sus chales cristalinos y a bañarse en el jade de la luna.

*Princesita del sol,
que en su lago Atitlán
te acaricia dormida;
porque el blanco español
soñó loco en su afán
poseerte vencida.*

*Yo te doy mi canción
con los versos de amor
que inspiró la belleza
del indiano pensil;
haz vibrar en el son
de mi trova, el dolor
de tu altiva realeza
y tu amor Zutuhil.*

*Eres lirio de Abril,
dulce flor del vergel
del amor y el ensueño;
el color del añil
puso suave pincel
en tu labio trigueño.*

*Eres luz del azul,
de ese azul tropical
que tiñóse en el mar
para hacer tu paisaje;
donde nubes de tul
cruza airoso el Quetzal,
en su raudo volar,
con su verde plumaje.*

*Princesita del Sol:
eres luz en mi amor
y en mi intenso sufrir,
porque sé que eres buena;
¡Yo no soy español...
¡Ven, mitiga el dolor;
ven, mitiga el gemir
de mi musa morena!...*

*Princesita de amor:
Si opusiste al doncel
que lloraba a tus pies,
corazón de granito,
¡Yo no soy invasor,
mi sangre es Cakchiquel!
¡Vuelve al trono otra vez!
¡Ven! ¡Escucha mi grito!...*

EL CANTO DEL TUN

COMO el eco triste y quejumbroso del paso de los siglos hacia un infinito que oculta el recuerdo de los esplendores de su reino admirable, el sonido del Tun marca el ritmo de las melancolías del indio guatemalteco, con gritos de ancestro y de interna rebeldía fervorosamente acogidos a la esperanza latente de un amanecer esplendoroso que los arranque de esa noche de ausencia de su libertad, en aciago día arrebatada por los conquistadores...

Luz que encienden los braseros de su fe ante los altares saturados por los aromas del pom —donde la esperanza se alimenta con la oración del brujo—, la chirimía habla las cuitas de la raza vencida; mas el Tun sonoro levanta el espíritu para revivir la bravura de los guerreros que con sus proezas hicieron temblar nuestras montañas cuando ardía en ellos la llama de su coraje... Y así siguen pasando los años, y los siglos, mientras suena el Tun, esperando el día magnífico que ellos presienten ha de venir...

Tun, tun, tun, tun...

Tun, tun, tun, tun...

Oh, viejo instrumento,

tus notas son canto lejano de un reino que fue;

son ecos, son triste lamento

del reino Quiché!...

La vieja madera

del tun,

suena aún!

¡Como si quisiera

*cantar las gloriosas canciones
de bravas legiones,
que airoso marcharon
y su amor cantaron
al sonar del Tun! . . .*

*Su ritmo de son,
forma la canción
que me hace evocar . . .
Eco de madera . . .
¡Parece que fuera
—con su tun, tun, tun—,
en las soledades de mi corazón,
la música lenta de su palpar! . . .*

*Ven, amada mía,
oigamos el Tun . . .
De la raza india, la grata poesía
es ese tun, tun . . .*

*Si tú no me quieres
porque india no eres,
¡escucha los llantos de la queja mía,
en la nota triste, en la melancolía,
de un baile de inditos con sonos de Tun . . .!*

ISHTIA MIA

LAS INDIAS de nuestros pueblos son tan bonitas, tan encantadoramente dulces, que al verlas nos arrancan del corazón, no la frase zalamera del florilegio galante, sino la expresión enamorada que es, en su pureza, la expresión del espíritu que vive en nosotros y nos atrae con las fuerzas invisibles del ancestro. Y es que la genuina belleza de la mujer guatemalteca está en la gracia y el donaire gentil de la cobanera, de la quezalteca, la quichelense y la sololoteca, a cuyos ojos no podría cantarse con el símil del azabache porque habla más vibrante — ¡más nuestro!— el negro fulgente de la obsidiana; y el rojo de sus labios no se lo dejan quitar ni el achiote ni la pitahaya. Igualmente, al espigado cuerpo de la india costeña, con corte fajado y los senos erectos, solamente podrá cantarle la esbeltez de la palmera y las “pochas” dulces y opulentas del cacao.

Por eso el poeta que siente los palpitaes y el bullir de la sangre indiana en su carne morena, cuando ve a las indias bonitas les dice así:

*Ishtía preciosa,
tus labios de rosa
yo quiero besar.*

*Y por siempre tuyo
vivir al arrullo
de tu platicar.*

*Ishtía fajada,
tenerte abrazada
bajo un rancho mago
con techo de tul;*

*Y adorarte en una
visión de la luna,
muy cerca del lago
teñido de azul! . . .*

XELAHUN KIE

A CARICIADA POR el sereno mirar de la teta gigante de tierra que se hizo Santa, se hizo María y se hizo Madre, arrullando en su regazo a su hijo Santiaguito —pebetero ciclópeo que ríe y canta con fumarolas gallardas a su ciudad nativa, o tal vez arde en su seno para ser incensario de plegarias recónditas de la entraña de la tierra a los dioses de sus indios—, la regia Xelajú vive el pensamiento eterno y el palpitar fecundo de las bizarrías indianas, con cuya sangre se tiñeron sus ríos y se abonaron sus tierras serranas para que un día, tras de sus cumbres alumbre como sol esplendoroso —su más soñado y hermoso devenir—, el resurgimiento reivindicador de las legiones gloriosas del más grande guerrero de nuestra tierra y de nuestra raza: Su Altiva Majestad Tecún Umán.

*¡Xelahún-Kié, tierra sagrada
del rey invicto Tecún Umán!
¡Tierra valiente!, tierra bañada
con sangre noble de un rey titán!*

*Le canta alegre mi trova indiana
a las bellezas de tu vergel;
a tus volcanes —Ciudad serrana—
y a la epopeya del Xequijel!*

*A los güipiles de tus mujeres
que tiñó inquieto sol tropical,
y al indio triste, del que tú eres
cuna de amores, madre inmortal!*

*¡Oye mi canto, Xelajú indiana!
¡Oye mi canto, ciudad triunfal!
Del Occidente tú eres sultana
bajo las alas de tu Quetzal!*

AZUL Y BLANCO

7 EMAS de inspirador colorido tienen los cortes de tela en que envuelven sus cuerpos esbeltos y graciosos las indias nuestras, nacidas en los fértiles y opulentos prados de la costa, porque sus artistas creadores se extasiaron en el verde de la hoja con que habla la ubérrima pujanza de la tierra; pero también en el corte de nuestras indias fue copiado el azul del lago, el azul del cielo, el azul de la flor y el azul del mar. Por ello, cuando nuestros ojos se deleitan en su belleza de mujeres bañadas de azul, en la dulzura de sus gracias y en la luz de su espíritu hallamos que el azul del lábaro Patrio nació en ellas, que fueron y serán eternamente vaso fecundo y crisol creador del hombre Maya, signo admirable de la especie humana, cuya vida y culto a la belleza asombran al mundo.

Y así, la oblación del poeta con alma y pensamiento indiano, al cantarle a nuestras indias ha querido vestirlas con el azul enamorado de sus versos ingenuos.

*Princesita hechicera
del gracioso güipil,
con mi musa quisiera
darte cantos de Abril.*

*Y en la indiana realeza
de tu regio esplendor,
adorar tu belleza
con güipil bicolor.*

Con güipil que tejieran

*el telar y el encanto,
y en su esencia tiñeran
bello azul, níveo blanco.*

*Porque azul es el cielo
con sus blancos celajes,
donde tiembla el anhelo
de tus tibios encajes.*

*Es azul la mirada
de tus lagos dormidos,
que es de cisnes cuajada,
en blancuras vestidos...*

*Y en azules de mares,
y de espumas blancuras,
yo te doy los cantares
de mis hondas ternuras,*

*¡Princesita hechicera
del indiano esplendor!
A mi altiva bandera
tú inspiraste el color!...*

*Y hoy te vengo a cantar
en sus bellos colores,
que copiaron las flores,
y los cielos!*

Y el mar!

VUELVEME CACIQUE

LA UNION de sangres, del guerrero español y la cautivadora doncella indiana, inició la existencia de la clase ladina, o criolla, que hoy forma la mayoría de habitantes de nuestro país. Y es por ello que en el varón criollo palpitan los sentimientos opuestos de las dos razas gestadoras: la que alimenta los orgullos del conquistador, y la que hace sentir ansiedades oprimidas y, en instantes de vibrar atávico, nos atrae hacia la belleza de nuestras indias preciosas cuya pureza tiene la gracia cautivadora para el que, como los guerreros conquistadores que fueron atraídos por sus encantos, también siente en su ser la presencia del guerrero indio que es atraído por la sangre dulce y la carne morena que enciende los fuegos del deseo de la carne hermana.

Es, entonces, cuando el poeta ladino que tiene corazón de indio le canta a las beldades que lucen llenas de candor la gracia del güipil y el corte fajado.

*Indita bonita de manos calientes
que tienen sabroso calor de comal,
árdanme en su fuego tus ojos ardientes
y vuélveme un Cacique de stirpe ancestral.*

*Que el idioma entienda de los huracanes,
que hieran mis carnes los rayos del sol;
que viva contigo, allá en los volcanes,
pidiendo revancha del blanco español!*

*Indita morena, preciosa criatura,
quítame estos trapos de extraña figura
que visten los hombres de la población...*

*Que hoy quiero ser indio; y ser: sólo tuyo!
y estar en el monte, viviendo al arrullo
de un río que canta su eterna canción! . . .*

LLEVAME CONTIGO

CUANTAS veces, cuando el corazón se queja, porque la soledad nos ha cubierto con su manto de frío, no hemos soñado con el amor de una princesa que, como aquellas del tiempo de la gentilidad de nuestras indias, nos dé la tibieza de un idilio bañado de luz plenilunar y, ambulando y conversando amores, nos conduzca a un paraje donde nos acaricien las lianas y nos saturen con sus perfumes los sauces? ¡Oh, el beso de la boca ansiosa como flor de bijau! ¡Oh, la caricia con frescores de juventud como la hoja que se ofrenda para recibir el secreto de los besos y teñir con su verdor la esperanza de la eterna vivencia de la raza! ¡Oh, el beso supremo que desflora la orquídea virgen de la india bonita! ¡Oh, el momento cuando el alma grita y pedimos que nuestra india, reina y señora de la raza inmortal, nos lleve hacia el reencuentro con los nuestros, con los dueños de ese entero espíritu indiano, del que nosotros apenas tenemos un pedacito! . . .

India preciosa de la raza mía, déjame soñar en tu amor y que pueda encender mi rajita de ocote, para iluminar mi vida, en la llama de inspiración que arde en tus ojeras soñadoras como flor de quixtán, para que mi corazón baile el son de su alegría y su fiesta se adorne con la hoja de pacaya de la esperanza! . . .

*Llévame contigo por los cafetales,
indita morena de sangre Quiché;
yo pondré en tu frente guirnalda nupcial
hechas de azahares de flor de café.*

*Llévame contigo a donde está el paraje
que es nido de amores en nuestra pasión;
donde están las ceibas de grande follaje
que al soplar el viento nos dan su canción.*

*Indita morena de güipil de seda,
de collar de perlas y linda soguilla,
¡llévame a tu rancho de paja, que queda
en la verde falda de la serranía...!*

*Donde están los brujos que queman copales,
y entonan con tunes sus cantos de fe;
¡do lucen las plumas de altivos quetzales
los bravos guerreros del rey del Quiché!*

ACZUPIL (1)

EL PASO de cuatro siglos de opresión y abandono han convertido al indio erguido y valiente, artista y soñador, hermoso y enamorado de ayer, en un indio triste y medroso, desnutrido y agotado, hermético y esquivo, al indio de hoy. De aquel indio que ayer adoró y cantó a la belleza con sentidos madrigales; que encarnó arrebatos de grandeza del espíritu y del pensamiento; que vivió hazañas y proezas de valentía y arrojo; que proclamó la hermosura de sus varones en gallardos príncipes y guerreros; y que se rindió entero ante la arrobadora dulzura de sus doncellas y princesas, solamente han quedado narrando historias de incomprendible lectura las estelas graníticas cuyo misterio reta al entendimiento del hombre contemporáneo, incapaz de penetrar en la cultura de los que vivieron su propia civilización, su propia belleza y su propia espiritualidad. Por ello, —apenas— el hilo insospechado del espíritu y la inyección de sangre indianas que nos une a su raza, al través de la inspiración que enciende el éxtasis, nos llevan a la contemplación mental de las gentiles princesas que vivieron idilios apasionados cuando en sus palacios y en sus cortes alumbraba la antorcha bendita de su libertad. Conozcamos, así, cómo fue una de aquellas lindas y seductoras princesas:

*Aczupil, fue dulce y altiva Princesa.
Su rara belleza
fue magia en la noble Corte de Uvatlán.
Y extasió mi sueño, ¡sueño de guerrero!
En la corte, jefe de gesto altanero,
¡Jefe de las guardias de Tecún Umán!*

Os diré mi historia cuán graciosa era
en la primavera
la noble Aczupil;
porque era tan buena, que al ver su sonrisa
llegaba la brisa
con tímido halago
—¡la ofrenda del lago
que besó amoroso su cuerpo gentil!—

Cuando el sol salía, su negro cabello
tenía el destello
que luce el diamante —alma del carbón—.
Y sobre la frente su regio peinado
que olía a reseda,
llevaba engarzado
el oro naciente que fulge en la seda,
tejiendo la faja teñida en colores
de todas las flores,
que la coronaba reina de ilusión.

Serenos, sus ojos la bondad lucían
y sólo veían
las galas del cielo, del lago y del sol;
¡y eran leves colas de altivos Quetzales
las cejas triunfales
que ornaban sus ojos color de frijol!

Su boca era roja, con rojo de grana
cuando se desgrana
tiñendo la cinta del bravo coral;

Y del amor indio
—decían los brujos más viejos y sabios—

*tenía en los labios
el raro veneno que en la flecha mata;
¡Ay, del que besara su boca escarlata...!
De amor se moría, ¡de amor inmortal!...*

*Hija de Cacique,
arrogante y bella, con sus gracias era
como la palmera.*

*Y hablaban los brujos que Aczupil sería,
en cercano día,
idilio de un astro
—¡luz de alabastro!—
La diosa del lago,
imagen de ensueño, plegaria de mago,
¡oh Reina radiante del viejo Utatlán!...*

- (1) Fragmento del tema: "El Guerrero y la Princesa Aczupil".
Del libro "Leyendas Indígenas de Guatemala".

EL GUERRERO

QUIZA más por la atracción del espíritu, que por la atracción del sexo, la belleza de nuestras indias se adueña presto de nuestro pensamiento; y son ellas el camino feliz para llegar a la comprensión del sentido de la belleza de la raza progenitora nuestra. También por la permanente visión del indio oprimido por las inclemencias de su pobreza después de haber sido dueño y señor de estas tierras, y por el menosprecio con que lo humillan los ladinos, después de haber sido altivo y poderoso, los guatemaltecos no podemos asomarnos a la visión exacta de los días magníficos en que nuestros indios, rodela y macana en mano, erguían su musculatura y su gesto de guerreros bravíos y era, la estampa gallarda de su hermosura varonil, el ideal embrujador del corazón de las doncellas morenas y de las encantadoras princesas que, en su belleza, fueron la inspiración de los dioses para hacer la belleza de la orquídea.

Para alcanzar mejor la dimensión de los encantos de nuestra tierra, hablando en el lenguaje del corazón de sus reinas indianas, y de sus varones guerreros que las cautivaban con su valentía, evocamos uno de aquellos idilios en que arrullados por el azul del lago y la majestad de los volcanes, dos corazones indianos hablaron su idioma de amor.

*Un día, de guardia yo estaba
tras el recio peto y la macana real;
jornadas de tedio el Rey bostezaba...
El lago movía su azul de cristal...*

*Vibraba el palacio con pasos marciales;
eran los flecheros
que andaban ligeros
afinando el filo de sus pedernales.
También se exhibía la grave arrogancia
que con petulancia
llevaban los brujos y los generales.*

*Tal acontecía cuando, dulce, sonriente
—con candor de orquídea y luz de topacio—
cual visión de ensueño, llegó suavemente
la Aczupil divina, reina del palacio.*

*Burlando el rumor que la gente rielaba,
su voz me llamaba,
con hablar tan suave,
que sentí el acento
de un cantar lejano que trajera el viento,
o la melodía del cantar de un ave.*

*—Ven, bravo guerrero. La tarde declina,
y sobre la tersa onda cristalina
ansío bogar.
Apresta la balsa, empuña los remos;
así bogaremos, viendo los volcanes
—cumbres que en las tardes peinan huracanes
cuando al cielo besan dueños del paisaje—
mágico viraje,
que tiñe en el lago marinos ensueños,
azules beleños,
y visión que canta la ansiedad de amar!...*

*Al lago nos fuimos... —Aczupil lo quiso—
¡Triunfo del hechizo
de una Princesita de amor y poder;*

*Reina de la corte que todos amaban,
pero que olvidaban
que tenía un alma, ¡alma de mujer!...*

*Cruzamos el lago. En la lejanía,
una Chirimía
nos daba las notas de tierna canción;
mi remo iba lento, su inquietud soñando...
¡Iba acariciando
esa llama ardiente de mi corazón...!*

.....
*Mas por la manera
como allí la viera,
Aczupil sabía
que yo la quería...*
.....

*—Háblame, guerrero, cuenta tus amores;
dime de las flores
que a tu boca dieron su escondida miel;
cuenta tus hazañas, si fuiste a las sierras
¡las altivas tierras
que guardan las flechas del Rey Cakchiquel!*

*Cuéntame, guerrero, cuenta tus victorias;
tus gratas historias
me dirán que siempre fuiste vencedor;
y de tus andanzas, cuéntame, guerrero,
si en combate fiero
también has ganado tus luchas de amor...!*
.....

*Yo le hablé de guerras; de muchas conquistas
de tierras no vistas*

*que al fin dominara con bélico ardor.
Mas nada decía,
—porque no sabía—
de fieras batallas, ni triunfos de amor!...*

.....
*Oyendo proezas se durmió la tarde;
se encendió la lumbre de un lucero que arde
sobre el horizonte
vigilando el monte,
—ojo haciendo guiños sobre la onda tersa,
que al mirar la balsa que de amor conversa
tras la leve nube con rubor se evade—,
¡brasa de la mecha, mientras se encendía
y radiante ardía
en redonda luna la canción del jade!*

*¡Y a escuchar hazañas descendió la noche,
luciendo el derroche
de lago, de luna, de cielo y de estrellas
¡todas embrujadas en hondo estupor...!
Yo seguí remando, y Aczupil, como ellas,
me abrazó, ¡y, temblando, me cubrió de amor!*

.....
*Después... ¿Después? ¡Ya no más remaba!...
¡ni era más guerrero!...
¡ni sabía nada del bélico ardor...
La noche pasaba... pasaba... pasaba...
¡De Aczupil triunfante ya era prisionero,
vencido en la lucha, ¡la lucha ganada
con besos ardientes, con besos de amor!...*

.....
*Sólo se escuchaba,
en la lejanía,
el alegre canto
de la chirimía...*
.....

Fragmento del tema: "El Guerrero y la Princesa Aczupil".
Del libro: "Leyendas Indígenas de Guatemala".

TATA SOL

PARA nuestros indios, el Sol es el Padre Supremo, dador generoso de su luz y de todas las cosas; el indio presiente que es su mano la que le entrega el alimento sustantivo de su existencia. Por ello, el indio toma de la tierra cariñosa la “mano” de mazorcas, la mano de cacao, y así aprendió a contar por “manos”, de cinco en cinco, los días, los años y los siglos, vistos en el pasar de los soles y las lunas, porque cinco son los dedos de la mano del dios luminoso que le da la vida... Y todos los días, cuando el astro máximo surge tras de las cumbres, lo saluda cariñosa y unciosamente y le da los “Buenos días” pensando en su despertar con que vino a darle un día más, un día más como los que ha dado a su raza desde aquellos tiempos en que vino a alumbrar por primera vez la obra creadora de Ixmucané e Ixpiyacoc, padres formadores de la primera tribu.

*Tempranero,
al oír la canción del alegre jilguero,
despertó en su tapexco Tata Sol aquel día...*

*Con los muslos dormidos, hormigueantes y tiesos,
estiróse de brazos con desnudos bostezos,
se amarró su maxtate,
tembloroso de frío enrolló su petate,
y asomóse en su rancho, tras los viejos volcanes
nuestro viejo tatita, el Señor de Utatlanes;
El Señor que hace el día con su lumbre encendida
y al enviarnos sus rayos nos inyecta la vida!*

Al oír del jilguero su diadema de trinos,

*se llegó a donde estaban aromosos los pinos
y golpeando su piedra con hiriente eslabón,
sacó ardientes centellas,
juntó leña, y con ellas,
hizo brasas y llamas en su alegre fogón.*

*Vieja rama de pino llevó al fuego su mano,
y volviéndola tea que ilumina el arcano
encendió con su ocote los rosados celajes—
—que formaban cien velos de tupidos encajes—
¡y surgió de la aurora la gloriosa visión!*

*Parpadeando,
porque aún recordaba los idilios de cuando
con las indias bonitas se dormía soñando,
emergió de las cumbres,
a lavarse la cara
con friolenta algazara
en las ondas azules de lo inmenso del cielo
y a secarse en los lienzos de las nubes en vuelo.*

*Mas no pudo el instante mitigar sus antojos,
y estregóse los ojos,
porque al ver a la tierra
—en el llano del pueblo que protege la sierra—,
descubrió ingenuamente
cómo estaba ese día de contenta la gente!
¡Oh, la pícara gente! Tata Sol no sabía
que era el día llegado
—en un año esperado!—
de la fiesta del pueblo con la gran cofradía!*

*Azorado,
Tata Sol de estupor se volvió colorado
como una pitahaya . . .*

*Bien dormido,
no sintió en su tapexco las cosquillas del ruido
cuando hicieron los hombres espaciosa enramada
con las palmas cortadas al frutal del coyol,
donde bella la orquídea, entre musgos sentada,
adornaba la estancia de fragancias bañada;
y el aroma sabroso
del silvestre corozo,
y la flor de pacaya
con sus gajos de perlas y sus hojas fiesteras,
adornaba los ranchos de manzanas enteras
y su aroma embriagaba las narices del Sol! . . .*

**Fragmento del tema: "El Primer Sermón y el Primer Bautizo".
Del libro: "Leyendas Indígenas de Guatemala".**

EL ALTAR

LA imposición de las costumbres españolas en antaño, y el avance de la modalidad de los tiempos actuales, han ido apartando a los indios guatemaltecos de la primitiva forma de celebrar sus cultos religiosos, tal como lo hicieron ante el altar de sus dioses cuando iban a pedir a éstos sus auspicios para obtener magníficos frutos en sus cosechas. Sin embargo, en algunos pueblos de nutrida población natural, donde sus costumbres son mantenidas con muy pocas variantes, debido a la resistencia que opone su arraigo ancestral, la Cofradía supervive y en sus altares la ofrenda frutal prevalece para pedir la abundancia de bienes —cosecha y salud— a los santos de la religión católica a que se ha acogido su devoción para depositar sus cuitas, tal como lo hicieran ante sus dioses en los ya lejanos siglos antes de su conquista.

¡Cómo había de frutas en los santos altares!

¡Cómo había de flores

donde estaba el tapexco de los grandes señores! . . .

*Circundaban la estancia rutilantes collares
con que ofrenda la selva su fragancia sencilla,
ondulantes prendidos de pared en pared;
jesa gracia dorada de nuestra manzanilla
que en las fiestas del pueblo con encanto se ve!*

*Del banano las cepas, su belleza lucían
como imágenes de hembras que caricias pedían
con los brazos abiertos de sus hojas verdunas!
Perecían vestales*

*del altar donde estaban las ofrendas triunfales
de la tierra pujante do las frutas son unas
regalías sabrosas
que los dioses nos brindan sobre todas las cosas!...*

*Con su olor los melones
en el ara ofrecían de fragancia oraciones;
coqueteaban las piñas
el candor de sus moños, tal las párvulas niñas
coronadas de chongos con lustrino listón;
y asombrado el zapote,
con el mango, el pataxte y el morado camote,
en las limas miraban
el pezón de unos senos de mujer, que ostentaban
su desnudo descaro,
y en un éxtasis raro
ante el ara prendían su más tierna oración.*

*La naranja lucía
de su forma la esfera, de su flor la ambrosía.
Y diluíase el mango con ternuras de amor;
si una niña lloraba,
cual un tierno y sabroso corazón se brindaba
y vertía en su boca su divino dulzor.
La mazorca sagrada,
en su traje de tusas ricamente abrigada,
exhibía el tesoro
de su pelo de oro:
¡Era estrofa triunfante de la estirpe racial
que al brindar la remisa
inquietud de su suave, de su santa sonrisa,
ofrendaba sus perlas de alimento vital!...*

*¡Qué fragancias tenía
de mil frutas el ara de la gran Cofradía!*

*Y buscando el amparo del buen Dios a su sombra,
se tendía en el suelo con plegarias la alfombra
del maíz, los ejotes,
las pepitas de ayotes,
el frijol y el arroz,
porque fueron sustento
en que el pueblo encontraba su esencial alimento
y por ello pedían los favores de Dios!*

.....
*Los ardientes braseros,
que ante el ara ponían oblación de guerreros,
avivaban su llama con la esencia del pom;
y emanaban aromas que subían triunfales
en el signo viviente de sus dos espirales
a los dioses llevando la ferviente oración!..*

**Fragmento del tema: "El Primer Sermón y el Primer Bautizo".
Del libro: "Leyendas Indígenas de Guatemala".**

LA QUE INSPIRO LA HECHURA DE LA CHIRIMIA Y EL TUN

TIERRA de paisajes de belleza sin par, Guatemala fue, en los principios de su formación indiana, cuna de poetas que hallaron en la belleza de sus mujeres la inspiración con que los dioses los condujeron a la concepción admirable de los instrumentos que habrían de ser expresión eterna de sus dones artísticos: expresión del alma de su raza. Y había de ser una princesa que enfermó de amor, la causa que encendió en la fantasía de un poeta indiano la inspiración de las voces de dos instrumentos que al través de los siglos siguen entonando el canto de la raza autóctona, en perpetua evocación de sus extinguidos esplendores para mantener unido el espíritu de los supervivientes de su derrota aciaga. Y la inspiración atávica se enciende ahora, no para hablar en versos, sino en visiones del espíritu, de la apasionante belleza de aquella princesa indiana, musa de los auténticos poetas nuestros que para cantarle a su amada tomaron el cantar del ave y el palpar de su propio corazón.

*Se oculta en la niebla de los tiempos idos
la cronología del vital suceso;
empero es lo cierto, que fue en el instante
fundador del reino de los Cakchiqueles.*

*Cuando las hazañas de Vocub-Camé,
y de los Ajup;
¡mucho antes que el sol
se extasiara al paso de la bella Ixquic!...*

*Moraba en las cumbres de la serranía
el rey invencible de una tribu altiva,
agresiva y fuerte, ¡de macana ruda
conquistando pueblos tras recio luchar!*

*Su penacho austero se peinó en los vientos
sobre los picachos de eterno atalaya.
¡No habían distancias en que se ocultara
lo que como el lince su ansiedad buscaba!*

*Su firme mirada se adueñó del dardo.
El sol con sus bronces lo había forjado,
su musculatura se volvió granito
¡y era de la tribu su baluarte recio!*

*Este gran Cacique, Señor de la Guerra,
su vida de triunfos hallaba truncada:
¡No oyeron los dioses su cuita implorando
al digno heredero del gesto indomable!*

*Mas dióle la gracia una Reina dulce
como la fragancia de la selva virgen.
Su pelo ondulado se tiñó en la noche,
y hablaban sus ojos de sólo ternura;
su boca fue roja como la pitahaya
que envidiaba acaso sus ardientes labios!*

*Toda ella era encanto; sonriente en arrullos
como el dulce canto de los manantiales;
¡cómo iluminaban sus tersas mejillas
con el tinte alegre de las guacamayas!*

*Alzaban su busto los ricos güipiles
que al prado quitaron sus verdes matices;
y cual la palmera,
cubría las formas de esbeltas caderas*

*su rico refajo
teñido en azules del cristal del lago.*

*Esta Princesita
sabía de noches en luna plateadas;
de ríos que cantan y días de sol.
Pero no sabía la ilusión que es llama
prendida en la triste soledad del alma
cuando vibra en ella la inqueitud de amor.*

*Nunca los guerreros, los que allí la amaban,
de su rey quisieron despertar los celos...
¡La adoraba tanto! ¡La querían ellos...
¡La querían mucho sin saberla amar!...*

* * *

*La tímida corte tembló en la noticia:
¡La Princesa buena con mirar de flor,
—¡la que era un tesoro!—
despertó muy triste cuando vino el Sol!...*

*Mecía en sus ojos la tímida ojera
un beso de angustia por su palidez;
¿Qué murió en sus labios, que ya no tenían
ese fuego ardiente que luciera ayer?*

*No encendió en su rostro la luz de su encanto
el agua cocida de la hierba-buena,
ni venció su angustia la flor del maíz...
¡La flor del quilete, la nuez del caulote,
inútiles fueron al caso mortal!...*

Fragmento del tema: "Cuando nacieron la Chirimía y el Tun".
Del libro: "Leyendas Indígenas de Guatemala".

TZAKOL, EL CREADOR

EL POPOL VUH es el libro de las más bellas leyendas que varón alguno, nacido en América, haya concebido después de haber sido escritas sus páginas por Diego Reynoso, el más profundo sabedor de las tradiciones de nuestros antepasados, arrancando desde la formación del mundo. Y caso singular es que la erudición de nuestros hombres cultos y de nuestros intelectuales muy poco sabe de la belleza de su contenido; y menos, todavía, son sus temas fuente inspiradora en que brote como rico manantial la literatura guatemalteca con estilo y con mitos propios, justamente nacidos en la inspiración de nuestros antepasados autóctonos. En una ocasión nos asomamos a la lectura de sus primeras páginas y al leer cómo informan ellas que fue hecho el mundo por sus dioses, especialmente Tzakol y Bitol, el Creador y el Manifestador, en nuestra mente se formó la visión del Creador en su acción gigante...

*Del gran laberinto que hacían las nieblas,
separó la luz, formó las tinieblas;
y al ser rey y dueño del inmenso arcano,
trazó en el espacio su potente mano
el signo que es signo de profunda ciencia,
la línea creadora: la circunferencia!*

*De los elementos
—que en el cielo dieron los dioses contentos—
su mano hizo luego
una enorme bola de brillante fuego:
y cuando ya estaba su trayecto fijo,
el Tzakol le dijo:*

—Será tu destino,
ir eternamente por este camino.

Inmediatamente
inició su marcha aquel sol sonriente,
y se formó el día
con la luz del astro que en el cielo ardía.

Mas en las augustas horas silenciosas,
las recias tinieblas que ocultan las cosas,
de mofas grotescas hicieron derroche
al ver que en su seno tenían la noche.

El Sol, quejumbroso,
elevó su cuita a Ajtzak poderoso,
y dijo: —Señor:
yo siento en mis sienes palpitar de amor;
por eso quisiera
que me dieras una
buena compañera.

Oyóle Tzakol sus débiles dejos,
y tomando lumbre de ígneos reflejos
que lanzaba el astro,
sus manos hicieron la pálida luna
de luz de alabastro;
para que ella fuera
la fiel compañera
del Sol.

También a la luna le dijo Tzakol:
—Te he hecho, escuchando del Sol la querella.
Será tu destino
ir eternamente por ese camino
siguiendo su huella.

*Mas, como la luna, tal vez fatigada,
descansaba a ratos la dura jornada,
rieron las tinieblas con risa importuna;
pensando que siempre triunfarian ellas;
su prole tuvieron el Sol y la Luna
¡y entonces surgieron millares de estrellas!*

* * *

*Separó Tzakol el agua y la tierra
y formó los mares, el llano y la sierra;
hicieron sus manos los seres vivientes,
y a todos trazóles sendas diferentes:*

*El pez que en el agua sabría nadar,
cruzaría sendas en lo hondo del mar;
el tigre, el coyote y el ágil venado,
tendrían sus sendas en el ancho prado;
la iguana, el lagarto y el negro gusano,
obtuvieron sendas donde está el pantano;
el gorrión, la abeja y las mariposas,
recibieron sendas buscando las rosas;
y al ave que tiene su vida en el vuelo,
fuéronle entregadas las sendas del cielo...*

* * *

*Al pasar su mano
sobre el agua inmensa, se formó el océano,
surgieron bahías, los lagos, los mares,
—los que con oleajes le brindan cantares—;
mas vio que las plantas, puestas a merced
del ardiente Sol, sentirían sed.*

Del agua hizo, entonces, un largo desvío;

*y díjole amable: —Tu nombre es el río;
irás por los montes nutriendo sus plantas,
todo lo que es vida, porque allí son tantas
las cosas que anhelan tu pronto llegar,
que tú debes, siempre, su vida alentar.*

*De las escarpadas regiones rocosas,
para que nacieran plantas y otras cosas,
su dedo divino
hizo que brotara caudal cristalino,
formando sus aguas inquieto arroyuelo
que salta entre rocas con dulce cantar.*

*El Ajtzak le dijo: —Te nombro “el riachuelo”;
riégame mis flores
para que ellas luzcan sus bellos colores;
¡y después descansa en lo azul del mar!*

*Después, con unción,
les dijo la frase de su admonición:
—Será su destino
ir, eternamente, por ese camino! . . .*

**Fragmento del tema: “La Leyenda del Camino”.
Del libro: “Leyendas Indígenas de Guatemala”.**

UTZIL

LOS que para cantar han aprendido los cantos de hombres de otras tierras, con palabras y figuras de otros idiomas —porque no han querido conocer ni amar el corazón, el pensamiento y el idioma indio— nunca han cantado con la belleza del sentimiento de éste cuando sus labios se abrieron para decir lo que arde en su corazón. Ellos sólo han visto a la india descalza, con el canasto en la cabeza, llevando al hijo en la espalda sostenido con el amarre del rebozo, que ya no es para completar sus gracias, sino que se hizo prenda para cumplir su misión de madre inseparable.

Pero día ha de venir en que los poetas de Guatemala ya no le canten con musa hiriente, incisiva y cruel, asaz irónica, retratándola en su condición misérrima, ignorante y abandonada, y burlándose de que no hable con perfección el castellano, porque a ella más le encanta la musicalidad de su dialecto ancestral. Será el día en que los ladinos entiendan y amen el sentir, el pensar y el hablar del indio, y entonces cantarán a las indias —guatemaltecas de carne, alma y corazón— con la belleza de nuestras cosas, alma de nuestras indias morenas y preciosas en cuyas pupilas arden los fuegos sagrados del espíritu de los dioses de la raza; indias cuya sonrisa se ilumina con luces de astros y con celajes de amanecer, rosados y encendidos como el sabroso corazón de la sandía; princesas amorosas cuyo cuerpo sus poetas no sueñan con las frías blancuras de las nieves y los mármoles sino con el moreno rosado de las carnes del zapote entre cuyas dulzuras se atesora la esencia vital del zapuyul, que después se deslíe en

el encanto de su pelo negro, para que luzcan bonitas con aromas de amor; indias con labios y besos ardientes, como los braseros del altar de los dioses donde se ofrenda el pom, plegaria de la vida eterna por el milagro del beso fecundo. Ya nosotros soñamos a una de estas princesas, nacida en los lejanos tiempos de su gentilidad, y la vimos así:

*En un pueblo que arrullan los agrestes boscajes
con sonoros lenguajes;
donde ruge la fiera
y en rosadas mañanas canta alegre el turpial;
en la corte, entre flores de eternal primavera,
una virgen había
que en sus carnes morenas el encanto tenía
de una raza nacida bajo el sol tropical.*

*Tal beldad era Utzil,
la Princesa gentil
que una noche naciera bajo el signo Tziquín.
Cual la caña de milpa era esbelto su talle
y encendía su rostro una extraña inquietud;
era reina en la corte, era lirio en el valle,
y en su gracia emulaba la esbeltez del bambú.*

*Cuando el sol la miraba ¡cómo estaba de bella!
Si en la noche reía, parecía una estrella.
¡Irradiaba en sus gracias rara magia escondida
que a su pueblo inspiraba la ilusión de su vida!*

*Me sugiere su historia
—si en dialectos arcaicos no es infiel mi memoria—
que al surgir su beldad,
de ternuras tesoro, la llamaron “Bondad”.⁽¹⁾*

*Cautivaba a las flores el candor de su risa,
el dulzor de su acento y su rítmico andar,
¡en sus ojos llevaba el encanto que hechiza,
que domina y que triunfa, de tanto cautivar!*

*Sangre noble tenía:
Cocabid dio su cuna en la real dinastía
de los Balam-Quitze,
—flor de estirpe bravía de la tierra Quiché—.*

*¡Y era justo el orgullo
del indiano monarca por su bello capullo,
porque Utzil era buena, como sabio era él!
En sus gracias veía del ensueño el derroche:
en su pelo el misterio, madrigal de la noche;
en su labio lo ardiente, ¡sol en llamas de achiote!
en sus chapas las brasas del maduro jocote
y en su aliento la esencia de la flor del vergel!*

*¡Oh, qué dulce y qué buena
era Utzil, la Princesa de mirada serena
que escribió con encantos su poema inmortal!
En su ofrenda los brujos a los dioses oraban,
y en el ara sagrada los braseros quemaban
corazón de palomas y aromoso copal!*

(1) En los dialectos guatemaltecos, "Utzil" quiere decir "Bondad".

Fragmento del tema "La leyenda de los Monolitos", del libro "Leyendas Indígenas de Guatemala".

COCABIB

SIN embargo de que huellas de delicado arte —esculpido en piedras eternas— gritan a los sentidos los vestigios de una cultura superior que animó y guió la existencia de la raza indígena de Guatemala, nuestro pensamiento no se ha iluminado todavía con la visión —aunque sea in mente— de aquellos sabios varones que encontraron —en su fervor por conducir a su pueblo por senderos de bien— la forma sencilla que lleva al hombre a las cumbres del bienestar, de la cultura, del arte y de la sabiduría.

Pero si nuestro pensamiento se extasía en la evocación de aquellos varones que hicieron surgir el estilo original de su arquitectura; los que hallaron en la arcilla la materia propicia para hacer los trastos en que se condimentaran los alimentos sustantivos; los que vieron en la línea el vehículo para expresar las emociones del espíritu con la delicadeza de un arte propio, todavía incomprendido; y los que descubrieron en el paso de los astros la clave firme para contar el tiempo, entonces hallaremos y nos asombrará la pujanza física y la clara inteligencia de los hombres de esta raza de tan glorioso pasado.

Bueno será, ahora, traer al contenido de estas líneas la evocación de uno de aquellos sabios conductores de su pueblo, cuyo pensamiento y palabras, sólo palpitaron y se iluminaron para buscar y encontrar la felicidad de su nación.

*Cocabib fue guerrero
con bravios trofeos del poder del jaguar.
En la paz, a su pueblo dio solícito esmero*

*y en sus luchas fue guía por la senda a triunfar.
De su pueblo fue un Rey
entregado al cariño de la Patria y su grey.*

Su dominio era fuerte.

*Sus guerreros tenían el poder de la muerte
en sus flechas mortales de inaudito volar.*

Era rico en su hacienda

*—cual ninguno lo fuera en la indiana leyenda—
porque el jade, la plata, y el lingote de oro,
él guardaba escondidos, ¡quién hallara el tesoro,
el tesoro más rico que se pueda soñar!*

Cocabib era sabio.

*Sólo frases de vida pronunciaba su labio
conduciendo a su gente por las sendas del bien;
enseñó al pueblo humilde sana vida sencilla,
con fervor de trabajo se adueñó de la arcilla
transformándola en ollas, batidores, comales,
donde luego cocía los jugosos cereales
en que hallaba su pueblo cotidiano sostén.*

Era fuerte y profunda la impresión de su vista.

Cocabib era artista

*que en las cosas hallaba un designio especial:
conocía la arena en su sér deleznable,
halló acceso a la cumbre de muralla infranqueable,
y en el duro granito vio su gesto inmortal!*

Fue por eso que un día,

*en los fastos gloriosos que su pueblo vivía,
convocó a los caciques de su rico solar,
a sus bravos guerreros y a los nobles ancianos,*

*que en mil ritos ocultos deformaron sus manos
cuando hablaba a los dioses la virtud de su orar.*

*Y así hablóles: —“Hermanos:
hoy que estáis reunidos mis caciques y ancianos,
mis valientes guerreros,
y los hijos del pueblo, que seréis herederos
de esta tierra bendita de sin par promisión,
entended el consejo
de este Rey que buscando vuestro bien se hizo viejo,
y hacer grande a su pueblo fue su santa misión.*

*Mi actitud no os asombre:
es muy corta en la vida la existencia del hombre
si sus hechos no enmarca con enérgico rol;
y es aún más transitoria
si no deja a sus hijos perpetuada la historia
de sus hechos gloriosos y sus triunfos pasados,
cuando fueron los hombres y los pueblos formados
por la gracia divina del divino crisol.*

*Porque viene en la senda que lo eterno dilata
un tropel de mil siglos en triunfal cabalgata,
en que el viejo linaje de este pueblo fastuoso
no tendrá más testigos de un pasado glorioso
que el arcaico lenguaje y su propia grandeza
retratada en sus templos, donde fue la belleza
regia antorcha encendida,
¡porque fue la belleza todo el fin de su vida!*

*Os coloca la vida en la prueba suprema
de elegir los caminos de un severo dilema:*

*O legáis a los hombres vuestra historia grabada
en tal forma que sea
a través de los siglos, del saber una tea;
o elegís el camino del olvido y la nada,
ocultando el vestigio de la mente creadora
que triunfó en el instante de la épica hora! . . .*

Fragmento del tema: "La Leyenda de los Monolitos", del libro "Leyendas Indígenas de Guatemala".

**UNA
ALENTADORA
Y ESPONTANEA
OPINION
DE LA
POETISA
LUZ VALLE**

Guatemala, 20 de Enero de 1959.

Señor Don José Luis García.
Presente.

Estimado amigo:

Debo agradecerle muy sinceramente la oportunidad que me ha brindado de conocer los originales de su nuevo libro "CORAZON DE INDIO". Su lectura me ha dejado una fresca impresión de fronda, una sensación de montaña muy nuestra, saturada de resinas y rumorosa de trinos.

Puede usted estar complacido de su obra; en cada una de las composiciones se observa el fervor con que han sido logradas: la palabra no hace sino seguir al pensamiento y es así como, en su afán de ofrecer al lector algo propio, usted se olvida de las clásicas formas, para volcar el pensamiento en moldes suyos: como el viajero que, ávido de gozar en plenitud la belleza agreste, deja a un lado el trillado sendero para saltar por angostas veredas, menos seguras, pero más cubiertas de musgo y húmedas de rocío.

Después de leer detenidamente sus poemas, se comprende si en su persona hay efectivamente las innegables cualidades de poeta, hay también y muy firmes las convicciones de un guatemalteco que ama a su patria y no se contenta con una admiración

callada, sino trata de mostrarla con todas sus galas por medio de sentidas estrofas. Para usted hay motivo de inspiración en la risa de las mujeres nativas en quienes otros sólo han querido ver materialismo; las analiza poéticamente y descubre que en sus ojos hay chispas de luceros y que en sus trenzas negras, sedosas y brillantes se ha escondido la noche.

En muchas de sus composiciones poéticas hay aciertos felices: usted sabe mirar lo que otros no han visto, descubre, con paciencia de naturalista “milagros vegetales”, para mostrarlos jubilosamente: debajo de las arboledas hay orquídeas, junto a los ríos, extienden sus corolas los lirios silvestres y entre ese marco espléndido de pujante naturaleza, la mujer campesina, relegada al olvido por la generalidad de los poetas tiene el sitio risueño en que usted ha sabido encontrarla.

Esa es la impresión que a mí, personalmente, me han causado sus versos: estampas de color en que palpita el alma nacional. Podría leerlos una y otra vez, con la misma facilidad con que me sentaría al borde de un arroyo para ver correr las ondas oyendo la música del agua...

Guatemala está pidiendo a los poetas —con el lenguaje expresivo de sus paisajes— auténtica poesía. Si tenemos pintores de la talla de Humberto Garavito y Alfredo Gálvez Suárez, de Antonio Tejeda y Carlos Mérida ¿Cómo no desear poetas que pinten con la palabra las bellezas propias de la tierra?

Pero por un incomprensible misterio el ejemplo luminoso de Landívar, cantor excelso de la Patria no ha sido fecundo entre nosotros: flores y pájaros de nuestras selvas, portentosos lagos y ríos majestuosos

esperan aún la inspiración creadora que les inmortalice en vibrantes estrofas; regocijémonos entonces de que haya un poeta que enamorado de las bellezas criollas, sepa cantarlas como usted lo hace.

Anhelo para este libro suyo la mejor acogida, especialmente de todos aquellos que habiendo nacido en nuestra tierra sienten como guatemaltecos y aman de verdad el suelo patrio. Y que siga usted brindando poemas fragantes, como esos frutos nuestros, de tan rico sabor y pronunciado aroma que adornan copiosamente el "ALTAR" que nos describe con magistral acierto en una de las páginas del libro.

*"Qué fragancias tenía
de mil frutos el ara de la gran cofradía."*

LUZ VALLE.

INDICE:

	Página
Ofrenda	3
Lo que, del autor, piensa el Licenciado Humberto Hernández Cobos	5
Lo que, esta obra, le sugiere a la poetisa Angelina Acuña	13

CORAZON DE INDIO

Déjame Mirarte	21
Noches de Luna	23
Princesita de Amor	25
El Canto del Tún	29
Ishtía Mía	31
Xelahún Kié	33
Azul y Blanco	35
Vuélveme Cacique	37
Llévame Contigo	39
Acupil	41
El Guerrero	45
Tata Sol	51
El Altar	55
La que Inspiró la Hechura de la Chirimía y el Tún	59
Tzakol, El Creador	63
Utzil	67
Cocabib	71
Una alentadora y espontánea opinión de la poetisa Luz Valle	76

OTRAS OBRAS DEL AUTOR:

«ESQUIPULAS», reseña histórica del culto del Señor Crucificado que se venera en este Santuario. Origen de la Imagen y las Romerías. Crónicas y Tradiciones. Documentos de Tiempos de la Colonia hasta nuestros días. Ruta, Itinerarios, etc. Información monográfica del municipio.

Primera Edición: Año 1940.

Segunda Edición: Año 1954.

«LEYENDAS INDIGENAS DE GUATEMALA»

Primera Edición: Año 1941

Segunda Edición: En prensa.

«DON RUFINO»

Novela.

Primera Edición: Año 1959.

«SUCHILES DE GUMARKAAJ»

Narraciones vernáculas de Guatemala.

Primera Edición: En prensa.